

luégo en una aldea; el hombre cultiva los campos tan pronto estima segura la recolección, y se convierte en padre de familia tan pronto cree estar en estado de alimentar á sus hijos. Así es como se forman nuevos centros de agricultura y de industria que luégo se convierten en nuevos centros de población. Añaden al pan del cuerpo el del alma, no menos necesario; pero con los alimentos, era necesario todavía dar al hombre las ganas de vivir, ó por lo menos la resignación que le hace tolerar la vida, y la dulce ó poética esperanza, que para él ocupa el puesto de la ausente felicidad. Hasta mediados del siglo XIII, era el clero el único que la alimentaba. Por medio de sus innumerables leyendas de santos, por sus catedrales y su estructura, por sus estatuas y su expresión, por sus ceremonias y su sentido todavía transparente, hizo sensible «el reino de Dios,» y levantó el mundo ideal allá al fin del mundo real como magnífico pabellón de oro en fangoso campo. Es en ese mundo dulce y divino donde se refugia el corazón contristado y ganoso de mansedumbre y de ternura. Allí los perseguidores en el momento de herir, caen bajo una mano invisible; los animales salvajes se hacen dóciles, los ciervos del bosque vienen cada mañana á unirse por sí mismos en el arado de los santos; el campo florece para ellos como un nuevo paraíso y no mueren sino cuando ellos quieren. Sin embargo, consuelan á los hombres; la verdad, la piedad, el perdón brotan de sus labios en inefables suavidades; levantados los ojos al cielo ven á Dios, y sin esfuerzo como en un sueño suben al reino de la luz para sentarse á su derecha. Divina leyenda de un inestimable precio bajo el reinado universal de la fuerza bruta, cuando para soportar la vida, era necesario imaginar otra y hacer la segunda tan visible á los ojos del alma cuanto lo era la primera á los ojos del cuerpo. Durante más de doce siglos con ella alimentó el clero á los hombres y, por lo grande de su recompensa, se puede calcular la profundidad de su gratitud. Sus papas fueron durante 200 años los dictadores de Europa. Hicieron cruzadas, destronaron reyes, distribuyeron Estados. Sus obispos y sus abates se hicieron de tal suerte aquí príncipes soberanos, allá patronos y verdaderos fundadores de dinastías. Tuvo en sus manos el tercio de las tierras, la mitad de la renta, los dos tercios del capital de Europa. No nos hagamos la ilusión de creer que el hombre sea capaz de falso reconocimiento, y de dar sin justo motivo; para esto es sobrado egoísta é envidioso. Cualquiera que sea el establecimiento, eclesiástico ó secular, cualquiera que sea el clero, budhista ó cris-

tiano, los contemporáneos que lo observan durante cuarenta generaciones no son malos jueces, así no les entregan sus voluntades y sus bienes más que en proporción de sus servicios, y el exceso de su abnegación puede sólo medir la inmensidad de su beneficio.

## II

Hasta aquí, contra la fuerza del hacha y de la espada no hubo más remedio que el de la persuasión y la paciencia. Los Estados que á imitación del antiguo Imperio intentaron levantarse en masas compactas y oponer un dique á la invasión incesante, no pudieron sostenerse sobre el movedizo suelo; después de Carlomagno todo se hunde. Ya no hay hombres de guerra á partir de la batalla de Fontanet; durante medio siglo, bandas de cuatrocientos ó quinientos bandidos llegan impunemente á matar, quemar y devastar todo el país. Pero en cambio, en ese mismo instante la disolución del Estado suscita una generación militar. Cada pequeño jefe apoya sólidamente sus piés en el dominio que ocupa ó que detenta; no lo tiene en arriendo ó en uso, sino en propiedad y como patrimonio. Este dominio es su usanza, su burgo, su condado, no ya los del rey, y combate para defenderlo. Entonces el bienhechor, el salvador es el que sabe batirse y defender á los demás, y tal es, en efecto, el carácter de la nueva clase que se establece. En el idioma de la época, el noble es el hombre de guerra, el *soldado* (miles) y éste es quien pone el segundo jalón de la sociedad moderna.

En el siglo X poco importa su procedencia. Muchas veces es un conde carlovingio, un beneficiado del rey, el valiente propietario de alguna de las últimas tierras libres. Aquí es un obispo guerrero ó un valiente abad, allá un pagano convertido, un bandido hecho sedentario, un aventurero de fortuna, un rudo cazador que vivió largo tiempo de su caza y de los frutos silvestres; y á estas diferentes clases pertenecen Tertullo, tronco de los Plantegenets; Rollón, duque de Normandía; Hugo, abad de Saint-Martin de Tours y de San Dionisio. Los antepasados de Roberto el Fuerte son desconocidos, y se cuenta que los capetos descendían de un cortante de París. De todos modos, el noble en aquella época no es sino el hombre fuerte y diestro en las armas, que al frente de una tropa cualquiera en vez de huir y pagar rescate, da la cara y mantiene cerrada y protegida con la espada una porción del suelo. Para ejercer este oficio no hay necesidad de antepasados

ni necesita más que corazón; cada uno es su propio antepasado, y todos se consideran bastante dichosos con la conservación á tales hombres debida, para que traten de argüirles sobre sus títulos. En fin, tras tantos siglos, véanse manos armadas en todos los cantones, una tropa sedentaria capaz de resistir la invasión nómada; y ya no hay peligro de ser presa del extranjero; al cabo de un siglo, esta Europa antes saqueada por flotillas de embarcaciones de dos velas va á echar doscientos mil hombres armados sobre Asia, y desde entonces al Norte, al Mediodía, frente á los musulmanes, frente á los paganos, es conquistadora en vez de conquistada. Por segunda vez aparece una figura ideal después de la del santo—como puede verse en las *Cantilenas* que bosquejan ya los romances heroicos en el siglo X;—la del héroe, y el nuevo sentimiento tan eficaz como el antiguo, agrupa asimismo á los hombres en una sociedad estable. Es como una gendarmería fija, en la que de padres á hijos se transmiten el oficio de gendarmes. Cada uno nace en ella con su grado hereditario, su empleo ó puesto local, su sueldo y sus bienes inmuebles con la certidumbre de no ser nunca abandonado por su jefe, pero con la condición de hacerse matar por él en caso necesario. En esos tiempos de guerra permanente un sólo régimen es bueno; el de una compañía en campaña, y tal es, en efecto, el régimen feudal. Júzguese, por este sólo rasgo, de los peligros que había que arrostrar y del servicio á que se estaba obligado. «En aquel tiempo, dice la crónica general de España, los reyes, condes, nobles y caballeros, para estar prontos á todas horas colocaban sus caballos en el aposento en que ellos mismos dormían con sus mujeres.» El vizconde en el torreón que defiende la entrada del valle ó el vado, el marqués situado de vanguardia en la frontera incendiada, dormita empuñando sus armas como el teniente americano en un *blockhaus* del Far-West, en medio de los Siux. Su casa es un campamento y un refugio; se extiende paja y haces de hojarasca en el pavimento de la sala grande, y allí es donde se acuesta con sus caballeros, quitándose una espuela cuando tiene probabilidades de dormir. Los tragaluces apenas si dejan paso á la luz, porque ante todo es necesario guardarse de las flechas. Todos los gustos y todos los sentimientos están subordinados al servicio; punto hay de la frontera europea en que el niño de catorce años está obligado á servir y la viuda á contraer nuevas nupcias hasta que pasa de los sesenta. Hombres en las filas para llenar sus vacíos, hombres en los puestos para montar la guardia; hé aquí el grito que en tales momentos sale de

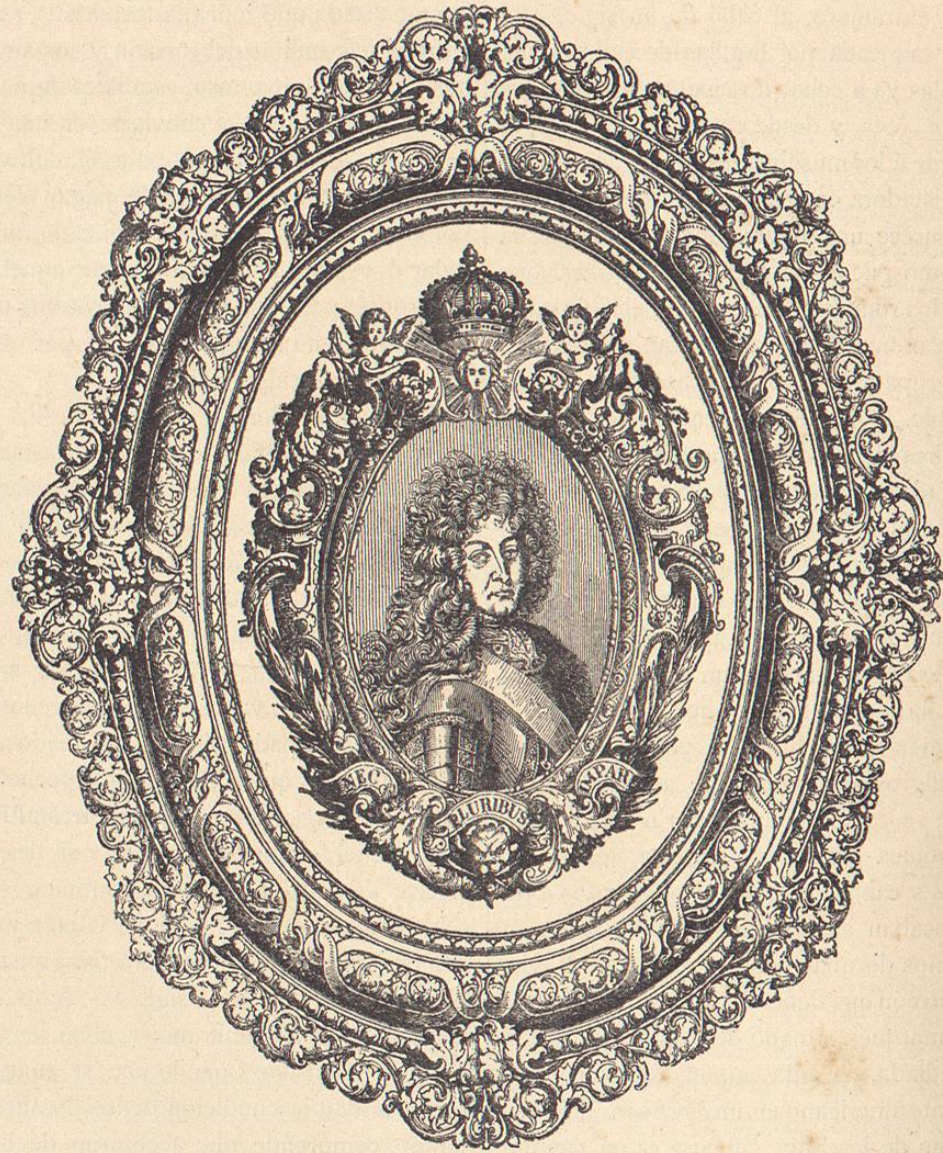
todas las instituciones como el toque de una campana.

Gracias á estos valientes, el labrador queda amparado; ya no se le matará, ya no se le llevará cautivo con su familia como un rebaño con el yugo al cuello. Se atreve á labrar la tierra, á sembrar y á esperar la cosecha; sabe que en caso de peligro hallará un asilo para sí, sus granos, y sus ganados, en la empalizada que rodea la fortaleza. Gradualmente, entre el jefe militar del torreón y los antiguos colonos de la campiña rasa, establece la necesidad un contrato tácito que se convierte en una costumbre respetada. Estos trabajan para él, cultivan sus tierras, fabrican sus carretas, le pagan censos, tanto por casa, tanto por cabeza de ganado, tanto por heredar ó vender; necesario es que aquél mantenga sus tropas; pero una vez pagados estos derechos, se considera como un agravio el que por orgullo ó avidez se les quite algo más.

En cuanto á los vagamundos, á los miserables que en medio del desorden y la devastación universal van á buscar un refugio bajo su guarda, su condición es más dura; la tierra es del jefe, pues sin él sería inhabitable; si les concede una parte de ella, y hasta si les permite tan solo acampar en la misma, si les da trabajo ó simiente, es bajo las condiciones que le plazca dictar; serán sus siervos, sus esclavos; donde quiera que vayan tendrá derecho á recobrarlos, y serán de padres á hijos sus criados natos, aplicables al oficio que á él le plazca, pecheros ó jornaleros á su merced, sin que pueda transmitir nada á su hijo sino el «vivir de su mesa,» si después de la muerte de aquél puede éste continuar su servicio. «No ser matado, dice Standhal, y tener un buen vestido de piel en invierno, tal era para mucha gente la felicidad suprema en el siglo X.» A lo cual puede añadirse, respecto de la mujer, el no ser violada por toda una cuadrilla. Cuando uno se imagina con alguna claridad la condición de los hombres en aquel tiempo, comprende que aceptarían de buen grado los peores derechos feudales, incluso el de marca; pues el espectáculo que Europa ofrecía desde el año 800 al 900 era, á corta diferencia, igual á los que nos ofrecen los *Voyages de Crillaud* al describir las cacerías de esclavos hechas en la Nubia y en Abisinia por los ejércitos del Pachá. Y la prueba de que era así, la hallamos en que todo el mundo corría al recinto feudal tan pronto como alguno se terminaba; en Normandía, por ejemplo, desde que Rollón hubo dividido las tierras á cordel y ahorcado á los ladrones, la gente de las provincias vecinas afluyó para establecerse en ellas; un poco de seguridad bastaba para repoblar un país.

Se vive, pues, ó mejor, vuelve á empezar á vivir-se bajo el rudo guantelete de acero que maltrata, pero que protege. Soberano y propietario, bajo este doble título guarda el señor para sí el erial, el río, el bosque y toda la caza; el mal no es grande, por-

que el país está medio desierto y porque emplea todos sus ocios en la destrucción de los grandes animales salvajes. Siendo el único que dispone de fondos, es también el único que puede construir el molino, el horno y el lagar, establecer la barca, el



Luis XIV

puente, abrir el camino, construir el estanque y criar ó adquirir el toro, tasando ó imponiendo el uso de todos estos efectos para indemnizarse. Si es inteligente y buen colono, si quiere sacar provecho de sus tierras, afloja ó deja que se aflojen gradualmente las mallas de la red en que sus siervos y sus villanos trabajan mal por estar harto oprimidos. El hábito, la necesidad, el convenio voluntario ó forzado producen su efecto, y al fin, señores, villanos,

siervos y burgueses, adaptados á su condición, vueltos á unir por un interés común, forman juntos una sociedad, un verdadero cuerpo. La señoría, el condado, el ducado, se convierten en una patria que se ama con ciego instinto y por la cual se sacrifica. Esta patria se confunde con el señor y su familia; bajo este aspecto se está orgulloso de él, se cuentan sus proezas, se le aclama al pasar por la calle con su acompañamiento, se goza de su magnificencia

por simpatía. Cuando es viudo y sin hijos se le mandan comisiones para que vuelva á casarse y su muerte no entregue al país á la guerra de los pretendientes ó á la codicia de los vecinos. Y este celo de los súbditos de la Edad media por sus señores,

puede verse para Gaston Phoebus conde Foix, y Cuy conde de Flandes en Froissart; para Raimundo de Béziers y Raimundo de Tolosa en la crónica de Tolosa: así como este vivo sentimiento de la pequeña patria local reaparece á cada reunión



CONDE DE ARTOIS

de provincia, Normandía, Bretaña, Franco Condado, etc.

Así renace después de mil años el más poderoso y vivo de los sentimientos que sostienen á la sociedad humana. Y este sentimiento es tanto más precioso cuanto más puede extenderse; para que la pequeña patria feudal pueda convertirse en la gran patria nacional, sólo le falta ahora que todas las señorías se reúnan bajo la mano de un solo señor, y

que el rey, jefe de los nobles, ponga sobre la obra de éstos la tercera columna de la Francia.

## III

El rey edificó esta columna piedra sobre piedra; Hugo Capeto pone la primera; antes que él la dignidad de rey no daba á éste una provincia, ni aún á Laón; es él por el contrario quien al título une su

dominio; durante ochocientos años, ó por matrimonio, ó por conquista, ó por habilidad, ó por herencia, se prosigue este trabajo de adquisición; hasta en tiempo de Luís XV se acrecienta la Francia con la Lorena y la Córcega. Salido de la nada, el rey hizo un Estado compacto que encierra veintiseis millones de habitantes y que entonces llega á ser el más poderoso de Europa.

Durante todo este intervalo él fué el jefe de la defensa pública, el salvador del país contra los extranjeros, contra el Papa en el siglo XIV, contra los ingleses en el XV, contra los españoles en el XVI. En el interior y desde el siglo XII, calado el casco y siempre de camino, es él justicia mayor; él abate los castillos de los bandidos feudales, reprime los excesos de los fuertes y protege á los oprimidos, como puede verse en la vida de Luís VI de Suger; él abolió las guerras privadas y estableció el orden y la paz; obra inmensa que desde Luís el Gordo á San Luís, de Felipe el Hermoso á Carlos VII y Luís XI, de Enrique IV á Luís XIII y Luís XIV, continúa sin interrupción hasta la mitad del siglo XVII por medio del edicto contra los duelos, y por los *Grands Jours*. Así vemos por ejemplo que según *Les Grands Jours d'Auvergne*, de Fléchier, en el reinado de Luís XV fué preso el último bandido feudal, el barón de Plumartin, juzgado y decapitado en 1756. Mientras tanto todo lo útil ejecutado por su orden ó desarrollado bajo su patronato, como caminos, puertos, canales, asilos, universidades, academias, establecimientos de piedad, de refugio, de educación, de ciencia, de industria ó de comercio, llenan, ostentan su sello y le proclaman bienhechor público.

Semejantes servicios reclaman una recompensa proporcionada; se admite que de padres á hijos, el rey contrae matrimonio con la Francia, que ésta no obra sino por él, ni él obra sino para ella y todos los recuerdos antiguos, todos los intereses presentes vienen á autorizar esta unión. La Iglesia lo consagra en Reims por medio de una especie de octavo sacramento acompañado de leyendas y milagros. Es el ungido de Dios, y aún bajo el reinado de Luís XV se mandó el proceso-verbal de los lamparones curados. Los nobles, por un antiguo instinto de fidelidad militar, se consideran como su guardia y llegarán el 10 de Agosto á hacerse matar por él en su escalera; él es su general nato. El pueblo, hasta 1789 verá en él al reparador de los agravios, al guarda del derecho, al protector de los débiles, al gran limosnero, al refugio universal. A principios del reinado de Luís XVI, según las memorias de

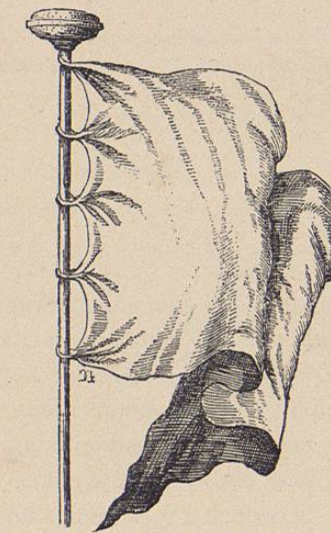
madame Campan «los gritos de viva el rey que empezaban á las seis de la mañana se sucedían casi sin interrupción hasta la puesta del sol.» Cuando nació su delfín, el gozo de Francia fué el de una familia, y como dice John Andrews en su *A comparative View of the French and of the English nation*,— «Cuadro comparativo de la nación francesa é inglesa,»—«las gentes se paraban en las calles, se hablaban sin conocerse y se abrazaban con sus conocidos.» En 1785 un inglés llegado á Francia ensalza la libertad política que su país disfruta. En cambio los franceses reprochaban á los ingleses el haber decapitado á Carlos I, y, según se lee, en la misma obra que acabamos de citar «se gloriaban de haber guardado siempre á su rey una adhesión inviolable, una fidelidad y un respeto que ningún exceso ó severidad de su parte pudo quebrantar.» Todos, por una tradición vaga, por un respeto inmemorial sienten que Francia es una nave construída por manos del rey y de sus antepasados, que bajo este punto de vista la nave es suya, que á ella tiene derecho como cada pasajero á su pacotilla, y que su único deber consiste en ser experto y vigilante para conducir por el mar el magnífico navío en que, bajo su enseña, navega toda la fortuna pública.

Bajo el ascendiente de semejante idea, se permitió que lo hiciera todo; él redujo las antiguas autoridades á no ser más que una ruína, un simulacro, un recuerdo. Los nobles no son más que sus oficiales ó sus cortesanos. El nombra á partir del Concordato, los dignatarios de la Iglesia. Los Estados generales dejan de ser convocados durante ciento setenta y cinco años; los Estados provinciales que subsisten no hacen más que repartir los impuestos; los parlamentos que aventuran la menor advertencia son disueltos. Por medio de su Consejo, de sus intendentes ó de sus delegados interviene hasta en el menor asunto local. Tiene, según las memorias de Augeard, primer secretario de la reina y antiguo arrendador general, cuatrocientos setenta y siete millones de renta, y distribuye la mitad de la del clero. En una palabra, él es el dueño absoluto y así lo declara, como puede verse en la siguiente contestación dada por Luís XV al Parlamento de París el tres de Marzo de 1766: «Solo en mí reside la autoridad soberana... A mí únicamente es á quien corresponde el poder legislativo sin otra dependencia ni compartición. El orden público entero emana de mi persona, yo soy su guarda supremo. Mi pueblo es uno conmigo; los derechos y los intereses de la nación, de los cuales se osa á formar un cuerpo separado del monarca, están necesariamente unidos

con los míos y sólo en mis manos descansan.» Así que, bienes, exenciones de contribución, satisfacciones de amor propio, algunos restos de jurisdicción ó de autoridad local; hé ahí lo que les queda á sus antiguos rivales; en cambio tienen sus preferencias y sus mercedes.

Tal es en resumen la historia de los privilegiados,

clero, nobleza y rey; y necesario es recordarla para comprender su situación en el acto de su caída; habiendo formado la Francia, gozaban de ella. Veamos de cerca lo que vinieron á ser á últimos del siglo XVIII, qué parte de sus ventajas conservaban, qué servicios prestaban aún y cuáles habían dejado ya de prestar.



Bandera real blanca de la marina de guerra